

A Juan Luis Sariego Rodríguez, que estará "tejiendo la filigrana" donde quiera que se encuentre

Claudia E. Delgado Ramírez
Centro INAH Baja California- Ensenada



Imagen 13. Acompañado de su alumna Karina Carrillo Holguín.

La intención de este breve documento es compartir la trascendencia que Juan Luis Sariego tuvo en mi vida, no hablo de su trayectoria académica ni de su biografía, sino de cómo conocerlo marcó mi camino en la antropología y cómo su interés y sus consejos, en muchos sentidos me trajeron hasta este momento. Tuve la oportunidad de hacerle saber lo importante que fue en mi vida adulta y con todo mi cariño, mi respeto y mi admiración escribo algunas historias que dan cuenta de la gran persona que él fue.

Hace justo 20 años que escuché por primera vez a Juan Luis Sariego. Fue en el auditorio del Bachilleres No. 3 en la ciudad de Chihuahua y siempre he creído que fue uno de esos actos del destino que uno no entiende pero reconoce su importancia. Durante un par de meses, todos los jueves como a eso de las once de la mañana se presentaba la plática de algún profesor que promocionaba una licenciatura, la mayoría de las veces de la oferta académica de la UACH y algunas otras de escuelas particulares como las de Diseño Gráfico y las de Psicología, yo no había entrado a ninguna de estas pláticas de "orientación vocacional" porque tenía muy claro todo lo que no quería estudiar, así que un par de amigos y yo nos salíamos del plantel y nos tomábamos esta hora "libre". Un jueves, ya bien entrado el mes de mayo, nos disponíamos a salir del "bachi" cuando resultó que habían cerrado todos los accesos del plantel, no voy a detallar los pormenores del momento pero la situación nos obligó a entrar al auditorio, ahí estaban ya Juan

Luis y si mi memoria no me falla también Luly Pérez. Esta fue la única plática de la que no me pude escapar durante el semestre, por eso siempre he creído que fue un acto del destino en mi favor, primero porque ahí me di cuenta de la existencia de una escuela de antropología en Chihuahua y segundo, porque las palabras y la pasión por el oficio transmitido tan vívida y entusiastamente por Juan Luis me convencieron de inmediato y me llenaron de emoción. Esa misma tarde le enseñé a mi papá el folleto y le dije que eso era lo que yo quería estudiar, quería ser antropóloga.

Inicié el curso propedéutico en el verano de ese mismo año, sin embargo ya casi por terminar el segundo semestre decidí hacer el examen de admisión en ingeniería geológica y me salí de la escuela de antropología. Estando en ingeniería, me sumé con los estudiantes de mi generación en la ENAH-Chihuahua a la excursión al sitio arqueológico de Paquimé, al llegar al punto de encuentro Juan Luis me vio y me saludó con mucho gusto, como era su estilo, luego me presentó con el Arqlgo. Francisco Mendiola, quién acaba de tomar la dirección de la escuela y le habló ampliamente de mí; hasta el día de hoy me sorprende que Juan Luis supiera tanto de mí pues no habíamos tenido muchas conversaciones, sin embargo esta fue una de sus grandes cualidades hasta sus últimos días, Juan Luis conocía muy bien a todos sus estudiantes, sabía de nuestras familias, de nuestros orígenes (siempre encontraba al minero en nuestras genealogías), de nuestros problemas y en mi caso, de mi "coqueteo" con algo que a él mismo le apasionaba, la minería y la geología. En 1998, a mediados del cuarto semestre y tomando con Juan Luis la materia Diseño de Investigación, nos mencionó que una colega en Sonora, quería incorporar estudiantes a un proyecto de investigación con pescadores en litoral de Sinaloa y Sonora, al final de la clase fui a platicar con él y me invitó a su oficina, -recuerdo perfectamente a mi profe sacando la cajetilla de Marlboro rojos y abriendo la ventana detrás de su silla- ahí me platicó de su colega y gran amiga Shoko Doode, de su esposo Chema y su hija Gaby, me dio un par de referencias bibliográficas y me dijo que esa era una gran oportunidad para aprender a ser antropóloga, para aprender el oficio haciendo trabajo de campo junto a alguien con mucha experiencia, y así fue. Ya en el 2003, Juan Luis me había convencido de entrar a la maestría en Antropología Social de la ENAH-Chihuahua y el CIESAS, el mismo día de mi examen profesional, en el cual Juan Luis fungió como sinodal a lado de Patricia Torres y de mi directora Shoko Doode, hicimos el

examen para la selección de la que sería la primera generación de este programa. Aunque en algún momento de la maestría Juan Luis y yo entramos en conflicto (y de alguna forma este era más parecido a los de las relaciones padre-hija que a los de profesor-estudiante) por algunos desacuerdos laborales y académicos, su honesto interés y preocupación por mi situación personal (me estaba divorciando) siempre estuvo presente; me encontraba nuevamente sentada en su oficina, platicando con él, fumando y escuchando sus palabras cargadas de experiencia, esta vez en el ámbito de las relaciones de pareja y sí, también algo tenía que ver aquí la antropología. Casi un año después, nos encontramos platicando en una cabaña en San Ignacio de Arareco -mientras encabezaba una famosa práctica de campo con Margarita Hope, Andrés Oseguera y Eduardo Saucedo- con su querida (y mi también querida) Loreley y con Enrique Soto, con quién por esto del asunto de la antropología y las relaciones de pareja, me auguraba un mejor destino, el recuerdo casi textual de sus palabras durante esa plática profunda, personal, relajada y por supuesto divertida, lo reservo con muchísimo cariño y también nostalgia.

La última vez que fui a la oficina de Juan Luis a pedirle un consejo fue en el año 2010, justo cuando iba a iniciar el protocolo de investigación para aplicar al doctorado. Ya no estábamos en el edificio de la calle 10ª, la escuela ya estaba en la calle IPN y su oficina ya no era aquel espacio tan personal de Juan Luis, no obstante me recibió igual que siempre, con entusiasmo y prestándome toda la atención posible, mi inquietud era sobre el tema de investigación y si debía seguir con la cuestión pesquera o debía proponer algo que pudiera trabajar en Chihuahua, Juan Luis me escuchó y luego me dijo que todos los antropólogos tenemos “nuestro tema”, que podemos hacer investigaciones en ámbitos diversos pero que siempre hay uno que nos apasiona más y que nos hace regresar, para él ese tema era el de los mineros y me comentaba cómo después de tantos años, había regresado al estudio de la actividad minera con un PIF y con estudiantes trabajando el tema, su consejo fue que elaborara un protocolo sobre pesca porque ese era “mi tema”, y como era su costumbre me convenció y quince años después escucharlo había sido nuevamente algo así como una cosa del destino.

Estando en Tijuana en el doctorado, recibí un sábado por la mañana una llamada telefónica, Juan Luis me avisaba que mi querida maestra y entrañable amiga Shoko había fallecido, esta vez compartimos un silencio y también un profundo dolor. Ya avanzado el programa de doctorado, me invitaron a moderar un seminario en el cual Juan Luis participaría, además de sentirme sumamente orgullosa de presentar a “mi profesor el Dr. Juan Luis Sario Rodríguez, investigador de la EAHNM” frente al auditorio de El Colegio de la Frontera Norte en Tijuana, me sentí también halagada porque Juan Luis aceptó la invitación de Enrique y mía para quedarse en nuestra casa en el Puerto de Ensenada (en vez de irse a cenar con el

resto de investigadores de renombre que estaban en el seminario). Platicamos nuevamente, largo y tendido como aquella vez en Arareco pero solos los tres, con un vino de Ojos de Negros, hablamos sobre el doctorado, sobre la EAHNM, sobre el INAH, sobre la antropología, sobre su hija y sobre Lore, sobre mis papás, mis suegros y mis hijas a quién Juan Luis y Lore siempre mostraron su cariño, platicamos hasta que se acabó el vino, viendo el mar, echándonos unos cigarrillos, como amigos de muchos años. La penúltima vez que vi a Juan Luis fue en diciembre del 2013, estaba internado y recién había recibido la noticia de su enfermedad, salí con Lore a comprar algo de comer y a fumar, su reconstruida entereza y su voluntad por vencer junto a Juan Luis el cáncer me estrujó el corazón y me reveló de golpe el intenso amor entre ellos. Estuvimos en contacto y en julio del siguiente año, el año pasado, festejamos en la casa de mis compadres Margarita y Andrés, junto con Lupita, Mario, Erika, Jacobo, Enrique y Loreley, la recuperación de nuestro querido amigo y de nuestro querido maestro, estuvimos platicando con Juan Luis a su modo, es decir, relajados y escuchando sus incontables anécdotas, disfrutando el placer de la comida, la bebida y la buena compañía, cosas que cualquier reunión con Juan Luis y Lore estaban garantizadas.

Tengo muchos recuerdos de mi querido Juan Luis, no caben en unas cuantas líneas, sin embargo, todos estos guardan el mismo sentido, la misma esencia, Juan Luis fue un excelente profesor, preocupado por sus estudiantes y con una capacidad de transmitir su conocimiento y su pasión por la antropología inigualables; además fue un gran antropólogo, su producción académica habla de esto y los que tuvimos el gusto de conocerlo sabemos de su compromiso social y su posicionamiento respecto a las diversas problemáticas obreras, indígenas, locales y regionales. Sin embargo, en mi caso, sus consejos, sus regaños, su reconocimiento y su cariño fueron sin duda los que dejaron la huella más profunda, gracias mi querido profe Juan Luis.



Imagen 14. Con Gustavo Lins Ribeiro. Divisadero agosto 2013.